

ATIÉNDANME

La *intelligentsia* empezó a tomarse en serio la amenaza de aquella banda de gandules y gamberros que preferían el billar al piano, el grito al susurro melódico, la violación al cortejo, armar gresca en los funerales a bailar el vals. Maiakovski tenía claro que no era suficiente con actuar en las cafeterías o interrumpir los recitales de los demás. Había que ir a las fábricas, había que agrandar el público al que se dirigían, había que utilizar otros medios. No podían conformarse con producir artefactos que sólo alcanzaban a unos cuantos que ya estaban previamente convencidos o a otros cuantos que los despreciaban por ultrajar las memorias sagradas de los vates nacionales. Todos sus escándalos y broncas no iban a surtir ningún efecto si, después de preocupar a la *intelligentsia*, no lograban convencer a la gente, al transeúnte aquel que se para ante el escaparate de una pastelería y se caga en la madre del zar porque no puede permitirse un merengue. Detestaba a Gorki pero lo envidiaba, y esa envidia enfatizaba cierto tipo de respeto: cualquier palabra suya llegaba a miles de lectores. Había que conseguir llegar a tantos como Gorki sin bajar el nivel como había hecho él (o le

parecía que había hecho, a lo mejor no había bajado el nivel, a lo mejor es que el hombre no daba para más). Había que enseñar el lenguaje del futuro a los nuevos lectores, hacerles entender que hacia el futuro no se iba paso a paso de una manera fatal, sino más bien que el futuro nos arrastraba y era mejor no oponer resistencia, agarrados a las columnas del pasado sin dejarnos chupar por esa fuerza de aspersión. Había que practicar la literatura infantil, arrebatarse el poder de contar historias a los que las contaban, porque todos los niños eran cubofuturistas. Había que colonizar el cine y el teatro para entusiasmar a las masas: el cine era peterburgués, pues en Petersburgo había seiscientas salas de cine contra las ochenta y cuatro que había en Moscú. Petersburgo era acmeísta y había que ganarles Moscú. Estaba bien divertirse en un teatro recitando poemas disfrazados para espantar a los burgueses y afearlos su patético y cobarde buen gusto, pero así no se llegaba a ninguna parte, o sólo se llegaba al pobre logro de conseguir que los burgueses dejaran de ir al teatro. Les daba igual: tenían dinero suficiente para montar un teatro en sus salones. Estaba bien hacer reír a la gente con sus patochadas y sus rostros agrios y sus insultos vociferados, pero no era suficiente, no podía ser suficiente. Había que imprimir carteles. Había que crear edificios nuevos, porque crear nuevos edificios era inventar una nueva manera de vivir. Había que inventar nuevos bailes, nuevas maneras de amarse, de educar a los hijos, de no educarlos más bien. En eso el futurismo tenía que ser religioso, afectar a todos los órdenes de la vida para crear un nuevo desorden en el que vivir. Estaban bien los actos que los personalizaban y estaba bien que sus críticos dijeran que en sus poemas no se entendía nada, que eran bobadas de charlatanes hueros, que era como si estuviesen

escritos en otro idioma y por lo tanto poco se podía extraer de ellos que valiese. Ser incomprensible era una de sus fuerzas, incomprensible como un niño que dice el agua flota sobre el mar. Ser irreverente era otra de sus fuerzas. Ser el centro del mundo, la más importante. Yo se tituló su primera recopilación de poemas, cuya dedicatoria decía: a mí mismo, el más amado. *Atiéndanme*, la segunda. *Vladimir Maiakovski*, la tercera, su primera obra teatral, una tragedia carcajeante en la que el poeta cargaba con las lágrimas de todos los ciudadanos que vivían en la ciudad agotada y angustiada que terminaba con estos versos: He escrito todo esto de vosotros, pobres ratas. Siento no tener pechos para amamantaros como una nodriza. Ahora ando un poco seco, soy un alma cándida, pero ¿quién, dónde hubiera dado a sus ideas esta grandeza descomunal, sino yo, que vi el cielo abierto y os demostré dónde estaba el ladrón? A veces me creo un gallo de pelea, a veces me creo el rey de Pskov, pero en ocasiones nada me gusta tanto como mi nombre, me llamo Vladimir Maiakovski, como todo el mundo.

El Maiakovski payaso que hacía reír en los teatros y circos en los que actuaba, aquí se declaraba pomposamente salvador de los hombres. Decía que la misión moral y el objetivo imprescindible de la poesía era conseguir que los ciudadanos fuesen felices, y que todos lo fueran por igual. En la obra todos los personajes eran tullidos, a algunos les faltaban los ojos, a otros, las piernas, a otros, los brazos. El poeta era el único que podía devolver la visión a unos, podía hacer correr a otros, podía conseguir que los últimos volvieran a acariciar las pieles amadas. El poeta terminaba exiliándose de la realidad, tomando un tren hacia un mundo mejor, el país de la poesía. Porque la Realidad era mentira, no lo veis, es una mera creación de

científicos y políticos y autoridades competentes, por debajo de ella o por encima, hay otra cosa, tiene que haberla, eso que no pueden ni podrán nunca domar, y es donde vivimos, algo que de veras merezca el nombre de Vida, acaso no lo veis a pesar de que en lo hondo lo sabemos todos.

Tiene fuerza, mucha fuerza, le dijo Burliuk. Mezclas lo íntimo con lo cotidiano, lo personal con lo general, lo íntimo con lo político, lo social con lo espiritual. Es auténtico futurismo.

El Futuro, sí, el Futuro: no era el lugar donde espera la muerte de cada cual, sino el lugar donde al fin se alcanzaría ese momento mágico en el que ya no necesitaríamos al Futuro.

Maiakovski se hizo imprimir una tarjeta de visita que tenía el tamaño de una hoja de revista ocupada por grandes caracteres donde se leía su apellido, prescindía de dirección y de profesión, su apellido bastaba, su apellido era su profesión y su dirección. Su madre le confeccionó una corbata amarilla cuya pala era excesiva y le tapaba casi todo el pecho, pues el tamaño de la corbata indicaba la importancia de quien la llevaba. Parecía que no llevaba corbata, sino una camisa amarilla. Decidió prescindir de la corbata, su madre le confeccionó una blusa a rayas amarillas y negras, parecía un campesino. Cuando su hermana lo vio probándose la estuvo a punto de reñirle, cuando pararas iba a decirle, pero se calló porque la blusa le sentaba muy bien, estaba realmente guapo. Durante un tiempo fue el gigante de la blusa amarilla. Parecía que no se la quitaba nunca, pero en realidad se la cambiaba a diario: su madre le confeccionó siete blusas amarillas. Kamenski se colocaba una cucharilla de té en el ojal de la chaqueta. Maiakovski iba con chistera. Asséiev se ponía

la bota izquierda en el pie derecho y al revés. Jliébnikov, tan callado como siempre, tan andarín y tan solitario, había decidido dejar de hablar la lengua común y expresarse sólo en lenguaje transmental, con palabras inventadas y sonidos, por influencia de su condición de ornitólogo; estaba convencido de que el lenguaje de los pájaros se ajustaba con mayor precisión que el de los hombres a lo que necesitaba expresar. Ahora se le entiende más que antes, dijo Burliuk, decepcionado de no poder manejar a Jliébnikov, que, cuando se encontraba con sus compañeros futuristas, se dedicaba a resolver ecuaciones matemáticas, seguro de que eran las leyes matemáticas las que gobernaban los destinos de los pueblos, y bastaba hallar esas leyes para tener el control del tiempo que vendría. Sólo de vez en cuando soltaba una frase rotunda. Maiakovski dijo una vez: Maiakovski sólo hay uno. Jliébnikov respondió: Jliébnikov no hay ninguno. Desde la aparición de su primer libro, *Maestro y discípulo*, pagado por Burliuk, y después de participar en la *Bofetada al gusto público* y en una opereta montada por los futuristas para recaudar fondos con vistas a hacer un viaje por Rusia para expandir su influencia, Jliébnikov empezó a desentenderse de la suerte del grupo, pero nadie se lo echaba en cara, todos sabían que iba por libre y que ya habían contado demasiado con él. Jliébnikov no hay ninguno, se decían para disculparlo. Ahora se dedicaba a las matemáticas: había descubierto, sin que nadie supiera muy bien cómo, que 1915 iba a ser el comienzo de una era y trataba de explicar por qué. También había descubierto que la fuerza de gobierno residía en el número 317, y proponía un Gobierno mundial compuesto por los 317 mejores del planeta; se llamaría Sociedad de los Jefes del Globo Terrestre, y no dejó dicho cómo se elegirían. Antes de Ein-

stein había asegurado que el tiempo y el espacio no eran animales distintos, sino dos sustancias encapsuladas en una misma criatura, como cuerpo y alma, y quería, ya que sabía que iba a morir pronto, que en su tumba se leyese: aquí yace quien unió el espacio y el tiempo. Tenía ideas concretas acerca de cómo arreglar las cosas, aunque sus ideas nadie las discutía, bien porque él no quisiera expresarlas como propósitos de gobierno, bien porque se daba por sentado que eran tan sensacionales y sensatas que nadie iba a ponerles un pero. Para castigar a los criminales propuso que se les condenara a cárcel o a muerte, que se llevase al condenado a un cine y se le mostrase durante horas en qué consistía el castigo a su delito, se le mostraban películas de las peores cárceles o las más aterradoras formas de morir, y después de hacerle pasar por esa experiencia, se le dejaba libre.

Hay que dar un golpe, dijo alguno de ellos, quizá Maiakovski, seguro que no Jliébnikov. Pasternak asintió. Ya había entendido a Maiakovski: su trampolín natural era una timidez alarmante, y la utilizaba para ser el más osado y atrevido de todos. Se había confeccionado un personaje y ese personaje devoraba a la persona, pero a cambio le reportaba felicidad y entusiasmo constantes, cosas que antes al parecer no tenía. Se había encontrado con su genio, y sólo si éste lo abandonaba, correría peligro: mientras lo mantuviera con él, sería invencible e incansable. Pasternak admiraba a Maiakovski, lo quería bien, le parecía que sus descuidos, sus salidas de tono, sus impropiedades no tenían más razón de ser que emitir una especie de SOS constante que no quería reconocerse como tal, que sólo se lanzaba para que pudieran captarlo los que de verdad estuvieran capacitados para entenderlo.

Hay que dar un golpe, repitió Pasternak. Viene Mari-

netti a Moscú y luego va a Petersburgo y luego vuelve a Moscú, lo traen los egofuturistas, hay que destaparlos, demostrar que es un impostor, sólo un señorito que le baila el agua a los aristócratas, un artistócrata, un mendaz, dijo Maiakovski.

La madre de Elsa lloraba cuando Maiakovski dejaba de dar la lata y se marchaba ya entrada la madrugada, después de que su marido hubiera tenido que irse a poner el pijama para convencer al gigantesco visitante que le agradecería que se fuese. La madre repasaba todos los cuadros de la casa por si faltaba alguno, contaba las cucharas de plata segura de que iba a faltar alguna. No, no faltaba nada. Reñía a su hija, ¿cómo te relacionas con ese energúmeno? No lo puedo entender, no lo puedo entender. Pero Maiakovski la hacía reír, eso era verdad, la primera hora era siempre la mejor, no paraba de hacer chistes y decir barbaridades. A la segunda hora ya empezaba a estar harta y lamentaba que hiciera tan mal tiempo y su hija no pudiera llevarse de paseo al visitante. Estaba deseando que llegase el verano para irse a la casa de campo y librarse de Maiakovski, sin esperar que éste, cuando llegase el verano, se presentase todos los días en la casa de campo como si ésta no fuese más que una prolongación del piso en la ciudad, donde se sentía tan bien recibido. Maiakovski no parecía asombrarse de que sus anfitriones conocieran a tanta gente importante, tantos artistas franceses, sólo elevó un poco las cejas cuando oyó el nombre de Picasso, y Elsa apuntó que era un auténtico sátiro y su madre la recriminó, y ella: pero es verdad, mamá, es un sátiro, Lily lo esquiva cada vez que lo ve, y entonces me toca a mí aguantarlo.

A la muchacha la acuciaba de vez en cuando la culpa, había cosas de Maiakovski que la ponían enferma, ese afán

suyo por destacar en todo sobre los demás, por no dejar hablar a nadie, por crear tensión constante. Pero le encantaba pasear con él, ser la primera que escuchaba sus poemas, dejarse cortejar, aun a sabiendas de que no iban a llegar muy lejos porque estaba enamorada de Serguéi, un estudiante de arquitectura, el hombre más guapo que había visto nunca, según le dijo a Maiakovski cuando los presentó. Después tuvo un inexplicable ataque de celos, como si que hubiera un hombre más guapo que él fuera algo por lo que alguien tendría que pagar en alguna parte. Se fue a zurrar al primer simbolista con el que se tropezase.

¿NO ES ACASO MÁS BELLO QUE LA VENUS DE MILO?

Los tiempos están cambiando, decía Kamenski. A veces nos pasamos de listos, pensaba Maiakovski, que había visto el libro futurista de Vasili Gnedov, *El poema del fin*, un libro con todas las hojas en blanco. Ir a un recital de Gnedov es una emoción incomparable, decía Burliuk, para suscitar los celos de Maiakovski, verlo allí, plantado, en silencio, haciendo como que lee pero sin que ningún sonido salga de su boca. La palabra es la herramienta del escritor, apuntaba Maiakovski, sin palabras, qué somos, de acuerdo en que podemos inventar nuevas palabras, de que digamos las cosas que hay que decir de una forma nueva, podemos forzar el lenguaje, dotar al lenguaje cotidiano de poesía, emplear los vulgarismos y las palabrotas como armas poéticas, pero hay que decir, y para decir, las palabras siguen siendo nuestro fin, si abdican las palabras y reina el silencio o sólo el gesto, ¿qué falta hacemos? Los puñetazos son la verdadera poesía, decía Burliuk, que se refería a los puñetazos que se dieran los demás. Le gustaba ver una ceja ensangrentada, un labio magullado, siempre que no fueran suyos. Además, eso de utilizar el len-

guaje cotidiano, ¿no es lo que hacen los acmeístas?, ¿no quieren dotar de prestigio poético al Buenos días, cariño de todas las mañanas?, preguntó Burliuk. Nada que ver, respondió Maiakovski, qué acmeísta diría en un poema quiero ponerte a cuatro patas o te voy a dar de hostias hasta que se me borren las huellas dactilares, o el puñetazo que te voy a meter nos va a matar a los dos, y como si fueran versos prodigiosos corrió a anotarlos y cuando regresó seguía con lo mismo: hay que trabajar las palabras, no dejarse ganar por las viejas formas, por qué los versos tienen que medir lo mismo, hay música en los versos dispares, puedo pasar las rimas del final de un verso al comienzo, puedo hacer que rimen el primero con el decimotercero y el segundo con el cuarto si eso me proporciona la música que busco, puedo violentar los prefijos, inyectarles sarcasmo a los diminutivos, puedo hacer lo que me salga de los cojones, incluso decir que hago lo que me sale de los cojones porque eso es muy poético, pero hay que trabajar con las palabras, incluso transformarlas, sacarles nuevo jugo, pero el silencio, la página en blanco, es una impotencia. Jliébnikov piaba, después gorjeaba. Puñetazos, puñetazos, puñetazos es lo que hace falta, dictaminaba Burliuk. La confrontación física y las trifulcas se trasladaron al espacio de la discusión artística puesto que el germen se había bifurcado en secciones antitéticas. La pasión por todo lo nuevo los llevaba a nuevos lugares, al circo, a los combates de lucha, al boxeo. No se soportaban muchos de ellos, ni toleraban las ideas de los otros, sólo les parecían geniales las propias. Tatlin y Maliévich se pegaron de lo lindo en la inauguración de *0.10, la última exposición futurista de Petrogrado*. Maliévich había pintado *Muerte simultánea de un pasajero de avión y tren* (pero también es verdad que había publicado una carta

mostrando su entusiasmo porque Marinetti, padre del futurismo, viniera a Rusia). El futuro exigía poesía fónica, exigía libros distintos, con fotografías coloreadas, con intervenciones de un artista, con páginas que se desplegaran o que cobraran nuevos formatos, de repente un rombo, de repente una hoja de periódico en medio de unos poemas. Goncharova dejó de pintar cuadros para pintarse la cara: el arte era ella misma. Popova pensaba más o menos lo mismo, pero en vez de pintarse su propia cara pintaba la de los demás, le gustaba pintar torsos de muchachos atléticos, soñaba con que un coleccionista mataría a aquellos muchachos para arrancarles la piel y tener un cuadro de Popova. Zdanevich se descalzó en un recital, mostró su zapato al público y les preguntó: ¿no es acaso más bello que la Venus de Milo? Marinettismo. A Marinetti había que ajustarle las cuentas, era un sandio, algunos de sus eslóganes eran buenos, eso había que reconocerlo, Guerra, única higiene del mundo, entusiasmaba a Kamenski. Es un impostor, dictaminó Maiakovski, vamos a por él. Fue en Petersburgo, donde los había pillado a todos. No pudieron darle su merecido en su primera conferencia en Moscú, pero tranquilos, tiene que venir aquí, cree que una vez conquistada la ciudad futurista pasó el peligro y no sabe que le van a llover agujas en la ciudad simbolista.

Maiakovski fue el primero que se levantó en la platea para interrumpir el cacareo insoportable de Marinetti, que para Maiakovski sólo era una silueta, un dibujo esperando unos lápices de colores: en lugar de corazón llevaba un retrato del propio Marinetti montado sobre el planeta. Aunque antes Jliébnikov y Benedikt Livshits habían estado calentando el ambiente repartiendo unas octavillas en las que se merendaban a Marinetti, a quien nom-

braban Papa de la Mentira. El también futurista Nikolái Kulbin, que había ayudado a organizar la conferencia de Petersburgo, se molestó con ellos, les juró que nunca más les hablaría ni apoyaría si tenían pensado reventar el acto que tanto les había costado organizar. Marinetti salió a escena, con su aspecto de tenor cansino, de catedrático emérito, de galán a quien ninguna muchacha haría el más mínimo caso aunque él crea que todas se mueren por sus huesos. No entendemos nada, Marinetti, pero sabemos que eres un impostor, tu francés es deplorable, no importa que no sepamos hablar francés, sabemos que es deplorable, no dices más que mentiras de ricachón aburrido, si tanto te gustan los golpes te reto a un combate sin guantes ahora mismo. Marinetti no entendía nada. Kulbin le dijo que tranquilo, que él se ocupaba. Sus valedores salieron a defenderlo, entre ellos Severianin, un tonto de toda la vida que se decía campeón de la poesía, aseguraba por donde iba que era el genio que venía a salvar a la literatura rusa, pero luego escribía versitos para damiselas que tenían de futurista apenas la presencia de un tren que pasaba a lo lejos. Maiakovski lo machacó con unos cuantos porrazos mientras sus compinches se ocupaban de los otros defensores de Marinetti, hasta Jliébnikov, tan calmo siempre, se puso violento por una vez. Marinetti no sabía por dónde huir, trataba de imponer la calma, de sosegar a sus atacantes, en una actitud muy poco futurista para quien había declarado que la guerra era la sola higiene del mundo y quien había dicho que nada hay más poético que la violencia de los puños devorando un rostro hermoso. Te voy a arrancar los bigotes, italiano, le decía Maiakovski, y el teatro aplaudía o protestaba, los espectadores pensaban que era otra *performance* de los futuristas, habían empezado a habituarse a ellas, y ese hábito le

quitaba fuerza a las acciones que los futuristas llevaban a cabo. Marinetti, en francés, le dijo a Maiakovski que un genio como el suyo era lo que el futurismo necesitaba, y Maiakovski, sin entenderlo, en ruso, le gritó que le iba a arrancar los bigotes de todas maneras, por impostor, por mancillar el sagrado nombre del futurismo, por nenaza. Le dijo, pero Marinetti no entendía una palabra, que era un antiguo, que decir que un coche de carreras era más hermoso que la Victoria de Samotracia era imbécil, profundamente imbécil, porque lo único que venía a decir era que una cosa era más bella que otra, cuando lo que había que inventar era otra manera de alcanzar la belleza, extirpar la belleza de las cosas que son bellas pero no para trasplantársela a las máquinas, sino para aborrecerlas por ser expresión de una clase dominante. Tu coche no es bello, Marinetti, le dijo Maiakovski, sólo expresión de tu riqueza. Apabullado, el italiano no sabía dónde esconderse del gigante que lo perseguía. Al final intervino la Policía, que se llevó a Marinetti a la estación, y a Maiakovski y los hermanos Burliuk a la comisaría, acusándolos de escándalo público y atentado contra la autoridad. Qué clase de autoridad es Marinetti, preguntó Burliuk. No lo sé, le contestó el policía, pero Severianin es amigo de un capitán general del Ejército y el zar lo ha condecorado. //

En la celda en la que estuvieron doce horas, helándose de frío y riendo al recordar el gesto de terror de Marinetti, Maiakovski les insistió a los Burliuk en que el camino, el único camino para agigantar su movimiento, podía ser el cine si conseguían que el cine fuese algo más que una mera máquina de reproducción de la realidad. Habían leído un artículo de Andréiev, a quien detestaban: si el objeto más codiciado y sagrado del arte es fomentar las relaciones entre los hombres y sus almas solitarias, qué enorme,

**USTED LO HA ENTENDIDO
TODO ANTES QUE TODOS**

Lily había llegado ablandada por la niebla de Londres, por la sobredosis de escaparates bien iluminados de Oxford Street, por los besos yiddish y exiliados y futuristas de Livshits. No estaba convencida de que cargarse a Gumiliov fuera justo, pero la suerte del acmeísta era lo de menos cuando el rabo de su perrito no paraba de menearse alegremente y no paraba su boca de salivar de forma copiosa, encantado de recibir unas cuantas bofetadas por sus coqueteos con la traductora alemana. Osip los dejó solos después de departir un rato con ellos, asuntos urgentes de la Cheka habían de entretenerlo toda la noche, pensaba ayudar con información incontestable al camarada fiscal del caso para que Gumiliov no tuviera la más mínima oportunidad de escapar de ésta; sabía que los amigos de Gumiliov, los acmeístas, estaban haciendo circular un manifiesto pidiendo a las autoridades que no condenaran al poeta, pero no habían tenido suerte, hasta Máximo Gorki se había negado a firmarlo, se veía que no tenía ninguna gana ni necesidad de hacer las paces con la autoridad competente, mejor para todos. Maiakovski

tendría que declarar a las nueve de la mañana, a las ocho Osip pasaría a recogerlo, que tengáis buena noche, les dijo, y se fue a la Cheka a agregar el maletín lleno de información que comprometía a Gumiliov a las carpetas que demostraban que había conspirado contra el Gobierno del pueblo.

Voy a tener que castigarte, perrito, no me dejas otra opción, le dijo la ama al perrito, encantado de recibir cualquier castigo, nadie daba bofetadas como Lily, había perfeccionado el método de abofetearle justo cuando empezaba a escalar hacia el orgasmo y eso lo volvía loco, amo la palma de tu mano, lamo la palma de tu mano, en la palma de tu mano está el centro del mundo. Cuando se les acabó el sofoco del deseo y abrazados sobre la cama y desnudos acompañaban su respiración y trataba cada uno de deslizarse por un tobogán invisible a las aguas de la inconsciencia, satisfechos, agotados, pensando ella que merecía la pena volver y él que merecía la pena haber aguardado tanto tiempo, alguien llamó a la puerta, no fue atendido por ninguno de los amantes que se limitaron a soltar un bufido. ¿Será Osip que ha terminado antes de hora?, preguntó el cachorrito. Si es Osip, peor para él, que se busque acomodo en otro sitio, respondió ella. Pero no, no era Osip. Quien llamaba deslizó un papelito por debajo de la puerta. La señora Gumiliov estaba abajo acompañada del poeta Maldelstam, tenían la esperanza de poder hablar un momento con Maiakovski. ¿La señora Gumiliov?, preguntó Lily, ¿no se habían divorciado? Y Mandelstam siempre haciendo el papel de bueno en todas las películas, me repugna, añadió, baja y dales una lección. Así era ella, no llevaba ni cinco horas en tierra bolchevique y ya se habían despejado todas las nieblas que se había traído de su visita al extranjero.

En efecto Anna Ajmátova hacía ya años que se había divorciado de Gumiliov. Se habían puesto los cuernos con facilidad y sin alharacas. Él había publicado su patético *Estrella azul* dedicándoselo a una joven Yelena, y eso empujó a Anna a buscar consuelo en los brazos de otros amantes, a los que les exigía sólo una cosa: que estuviesen casados. Después se casó con el poeta Shileiko, erudito interesado en Babilonia que bebía vodka como si alguien lo hubiese convencido de que en alguna botella de vodka dios había guardado el secreto del universo. Se la llevó a vivir a Moscú, la mantuvo encerrada durante semanas, viviendo en un piso sin luz ni calefacción, en el barrio más siniestro de la ciudad. Ella consiguió convencerlo de que tenían que volver a Petrogrado, volvieron, la encerró en un piso sin luz ni calefacción, hasta que alguien le hizo el favor a Ajmátova de convencer a su marido de que ingresara en un psiquiátrico a ver si en algún tarro de jarabe dios había escondido el secreto del universo. Ella consiguió colocarse de dependienta en la librería del Instituto Agrónomo, donde empezó a prepararse para la inexistencia. La invitaban alguna vez a dar una lectura, pero sólo para humillarla más: los presentadores de los actos eran camaradas que decían que quien les iba a leer era una autora anacrónica, un camino muerto, y que si se la dejaba dar a conocer sus versos era por el efecto pedagógico que éstos tenían: enseñaba a los jóvenes cómo no debían hacerse las cosas. A Ajmátova esto no la coartaba, había asistido a aquel recital en el que el gran Blok fue presentado por un comisario cultural que dijo que la poesía de Blok era basura escrita por un cadáver, y ahora que Blok llevaba unos meses muerto de verdad, seguía estando vivo y su basura seguía conteniendo más poesía que todas las sandeces que la comisaría cultural quería hacer

pasar por poesía. Todo el mundo creía que ella y Blok habían sido amantes, por los versos que ella le había dedicado: esos ojos / que todo el mundo debe recordar / y es mejor para mí ir con cuidado / y no mirarlos mucho. Aunque detestaba a Maiakovski, de quien había dicho que hubiera sido el mejor poeta ruso si hubiera tenido la precaución de morir antes de la Revolución, que lo había convertido en otro comisario más en un país de comisarios, no le quedaba más remedio que acudir a él, como quien sigue las líneas de un papel que debe interpretar para que luego no le quede la culpa de no haber hecho todo lo que estuvo en su mano por salvar a su ex. Curiosamente, después de divorciarse de él, la relación con su ex había mejorado mucho, se habían convertido en auténticos amigos, él le hablaba de sus grandes amigos en el extranjero, Chesterton, Wells, Virginia Wolf, ella le daba a leer sus nuevos poemas y de paso alababa los de él, para curar de alguna manera la culpa que viajaba con ella porque se había convencido de que el fracaso como poeta de Gumiliov se debía a que ella lo había abandonado. Alababa aquellos poemas pésimos a pesar de que sabía que estaban congelados por el afán de precisión, declaraban la impotencia de quien los había escrito en cada una de sus líneas, producían una música hueca, insustancial, muy lejos, muy lejos de los poemas de Maldelstam, aunque más soportables que las cursilerías de ese mentiroso de Esenin, el peor poeta de Rusia.

Maiakovski había elaborado uno de sus informes sobre Ajmátova avisando a las autoridades de que ésta tenía muchos conocidos pero era incapaz de tener algún amigo íntimo. Reconocía que era una mujer bondadosa y con agujeros en los bolsillos, incapaz de guardar nada para mañana. Era fría, arrogante, impertinente, con una capa-

idad excepcional para decir siempre lo que pensaba estuviera delante quien estuviera. En el fondo era infantilmente egoísta, en lo cotidiano era impotente: coser un calcetín era para ella un problema irresoluble, cocer unas patatas era una hazaña. En su favor: no comercia con sus versos y se siente profundamente rusa. En contra: su afición al vodka y al vino. Quién sabe, a lo mejor alguien la había convencido de que el secreto del universo había sido encerrado por dios en alguna botella y el que la bebiera lo conocería por fin, y había que beber cuantas más botellas mejor para tener más posibilidades de ser el afortunado.

Maiakovski bajó a encontrarse con los poetas. Lily le dijo: que no te engañen, cuando vuelvas seguramente estaré dormida, ya sabes cómo me gusta que me despiertes. El poeta le ladró un par de veces, sacó su larga lengua ensalivada, y se puso la gorra para bajar. Lily detestaba a Ajmátova y Ajmátova a Lily: no en vano habían compartido un amante, el historiador Punin, un hombre apuesto y elegante aquejado de satiriasis. A Ajmátova no le importaba que viera a otras mujeres, al fin y al cabo él estaba casado, pero no podía entender que quedara con Lily, no sabía si lo hacía para ponerla de los nervios, a ella que nunca los perdía, o si lo que pretendía, siguiendo indicaciones del imbécil de Osip Brik, era fustigar a Maiakovski. ¿Cómo se te ocurre eso?, le había preguntado Punin, que en sus diarios, siempre que se veía con Lily, apuntaba: esa hembra debe de darme algún hechizo o veneno, y no me he encontrado en una cama con nadie igual, me pone de los nervios cuando se pone a hablar de arte o de las cosas que hay que hacer, me enferma cuando se jacta de los poemas que le ha inspirado a su perrito, pero luego se abalanza sobre mí y ya no hay nada que hacer, nada que hacer.

¿Y bien?, preguntó Maiakovski. Maldelstam le dijo que se alegraba de verlo después de tanto tiempo. No el suficiente, respondió Maiakovski arisco, vaya, cómo te has envejecido, camarada, le dijo a Anna Ajmátova, que miró a Maldelstam como diciéndole, ya te dije que era inútil. No hay nada que hacer, cada cual tiene lo que se merece, la causa es justa, una causa muy grave por conspiración monárquica, pero no se le condenará si no hay pruebas, el juicio será justo, hay garantías, no debéis temer nada, dijo Maiakovski tratando de que los dos poetas se transparentaran, pero no, seguían allí, con sus caras recias, incapaces de implorar, con aquella actitud de «hemos venido porque había que venir, para que la culpa no hiciera su trabajo pasado mañana cuando todo haya sido decidido y podamos acusarnos a nosotros mismos de no haber hecho todo lo que estaba en nuestra mano, pero por favor, no odas». Maldelstam le entregó el manifiesto en el que unos cuantos poetas y artistas rogaban a las autoridades que liberasen al camarada Gumiliov y no olvidaran lo mucho que éste había hecho por Rusia lejos de nuestro territorio. Al fin y al cabo era amigo de Wells, que era gran partidario de la Revolución. Es verdad que también era amigo de Chesterton, detractor principal de la causa del pueblo, pero tenían pruebas fehacientes de que Gumiliov no había conspirado nunca contra el pueblo.

Recuerdo un poema suyo, Anna Ajmátova, en la que riñe al capitán blanco que deja su ejército a merced de las hordas rojas, estaba en *Bandada blanca* ¿verdad? Bonito título para un libro publicado en el primer año del Futuro, dijo Maiakovski. No había por qué aguantar más, ya habían cumplido, se habían presentado allí, habían entregado el manifiesto al poeta de la Revolución, Maldelstam le pidió que fuera justo, que declarara la verdad, sólo eso,

no le pedían que intercediese a favor de Gumiliov, ni que dijese que Gumiliov llevaba en el corazón un soldado del Ejército Rojo, te lo pido en nombre de nuestra vieja amistad, insistió. Maiakovski le dijo: yo siempre digo la verdad, camarada, ya lo sabes, y sabes que te aprecio, pero no me pidas que vaya contra una de las partes en este caso, porque una de las partes es el pueblo, o sea, somos tú y yo y ella, aunque no lo queráis aceptar. ¿Ha hecho el pueblo algo contra ti o contra ella?, preguntó Maiakovski. No, se respondió. Ajmátova empezaba a transparentarse ante Maiakovski. En el lugar del corazón un iglú. No ha hecho nada porque nada había que hacer, no habéis sido llevados ante los tribunales, habéis podido publicar vuestros libros, tú misma, camarada Anna, acabas de sacar tus poemas en una bonita edición de papel estupendo, y ¿te ha tachado la censura algunos versos? No, ni uno. A mí me han tachado muchos versos, y ya ves, reconozco que han mejorado mis poemas, o sea, entre tú y yo, yo soy más perseguido que tú, así que no me pidáis que testifique contra el pueblo porque es el pueblo el que ha llevado a la silla de los acusados a Gumiliov y es el pueblo el que finalmente decidirá su suerte.

Nada más. Aquello fue todo. Ajmátova le dijo: le admiro, Maiakovski, le admiro mucho, usted lo ha entendido todo antes que todos, y lo ha entendido por instinto, sin cultura, sin idiomas, por pura intuición, siempre el primero en entenderlo y en atreverse a gritarlo, supongo que todo esto que está pasando también lo ha entendido antes de que los demás podamos siquiera tener la ilusión de comprenderlo, pero no se haga el hombre brillante con nosotros, no lo necesita, sabemos bien que sólo ha leído un libro en su vida, *Crimen y castigo*, y por mucho que crea, no será lo suficientemente fuerte para soportarlo, por muy fuerte que

usted se crea, Maiakovski, por mucho que haya escrito que la milicia lo protege, no será lo suficientemente fuerte.

Maiakovski subió a su habitación pisando su sombra, adelantándola por fin al llegar al pasillo que llevaba a su puerta. Encontró a Lily dormida, desnuda, con las piernas abiertas, preparada para su lengua de perrito ansioso. La madrugada se les hizo corta.

Osip llamó a su puerta a las ocho. A las nueve dijo ante el tribunal que Gumiliov era un traidor a la causa del pueblo, que siempre había estado conspirando, que sabía, porque también tenía contactos en el extranjero, cómo hablaba de la Revolución en los salones de París y de Londres. No hacía ninguna falta que se cebara con él. Osip Brik había ayudado a la Cheka de Petersburgo a preparar una ofensiva implacable, tenían pruebas más que sobradas de que Gumiliov había participado en reuniones conspirativas de las ratas monárquicas. Fue sentenciado a muerte. No cabía la interposición de recurso ante esa sentencia. Lo fusilarían a la mañana siguiente, cuando Osip, Lily y Vladímir estuviesen de vuelta en Moscú. Anna Ajmátova escribió un poema:

No volverás a estar entre nosotros.

No volverás a alzarle de la nieve.

Veintiocho bayonetas,

cinco balas.

Una nueva camisa, una camisa amarga

cosí para mi amado.

La tierra rusa ama

el goteo continuo de la sangre.

Cuando Ajmátova presentó sus poemas a la censura, la censura los dejó pasar. No hacía falta ni leerlos. El libro

se titulaba *Anno Domini MCMXXI*. La Ajmátova, reía Osip Brik, es tan idiota que tiene de amante al músico Arthur Lurie, informador eficaz de mi Cheka. Vladímir recibió el libro con una reseña que tituló «La purga de la poesía rusa contemporánea». La consideraba una reseña necesaria no sólo para poner en su lugar a los acmeístas sino también para disputarles a los poetas de la Asociación de Escritores Proletarios el mérito de haber arriesgado más para ser la voz del pueblo. Le gustaba ir a las reuniones de esa asociación, de la que se había hecho miembro para incordiar. No entendía cómo los demás futuristas no iban a esas reuniones a la Casa del Pueblo, cómo se habían dejado arrebatar la posición de poder que ostentaban tras la Revolución. Así que iba siempre que podía y montaba algún número. Porque la guerra era contra ellos, contra esos cantores de la paz soviética, de las fábricas, del campo, que no ponían un ápice de talento en lo que hacían, y que se habían limitado a copiar las formas burguesas para adaptarlas al momento, y pedían a las autoridades que dejasen volver a Gorki, al traidor Gorki. El camarada Stalin, cuidado con él, solicitó a Lenin, en nombre de la Asociación de Escritores Proletarios, que dejase que Gorki volviese. Stalin prefería a los antibolcheviques que hubieran dejado claro que detestaban a Lenin —como Ehrenburg, como Gorki— aunque ello les hubiese llevado a militar con los blancos en la guerra civil, que a los bolcheviques de la primera hora, leninistas hasta la médula y por lo tanto imposibles de atraer a su causa. Gorki volvió, y se encontró con Maiakovski en una de aquellas reuniones de los escritores proletarios y le dijo: Maiakovski, dentro de poco va a peinar canas, y todavía sigue queriendo ser el insolente muchacho que fue, creo que ya es hora de que lleve su circo a

otra parte. Se me duermen las piernas leyéndole, maestro Gorki, ésa es la pura verdad, y si se me duermen las piernas, no le digo cómo se me queda el alma cuando leo a sus discípulos. Al fin y al cabo, a los acmeístas les envidiaba la técnica y la elegancia, Ajmátova era un rayo de sol en una habitación oscura, un alfiler sólo, pero estaba bien hecho, y aunque no sirva para matar a un tirano un alfiler tiene aún alguna utilidad. Pero los gritos banales y las proclamas vendidas de los poetas proletarios que querían halagar a los mandamases del Comité Central y a todos los comisarios, ¿era eso poesía para el pueblo? Qué va, estaban equivocados, y encima eran unos mentirosos si se atrevían a echarles en cara a los futuristas que no podían prescindir de su elitismo y nunca serían los verdaderos poetas de la Revolución. La obligación de todo poeta de este tiempo es participar en la construcción del Imperio bolchevique, decía Maiakovski en su artículo, y sólo desde esa perspectiva puede leerse lo que se publique entre nosotros, así que en sentido estricto es imposible aceptar como poeta a alguien como Anna Ajmátova, su cámara íntima, como los versos místicos de Viacheslav Ivánov, ¿qué tienen que ver, qué nos dicen de nuestra cruel y despiadada edad del hierro? ¿Debemos considerar a Ivánov y a Ajmátova como ceros a la izquierda en nuestro panorama? Sí, sin duda de ningún tipo, son meras reliquias del pasado repugnante, son los estertores póstumos de un estilo marchito, y sólo así tienen cabida en las páginas de nuestra historia literaria, pero para nosotros, para la época que pisamos, para el mundo que construimos, sólo son anacronismos insignificantes, patéticos, risibles. Sklovski se molestó con él, no por la Ajmátova, sino por Ivánov: estaban escribiendo una novela de ciencia ficción a cuatro manos, *Gas mostaza*, era buen tipo,

tenía talento, y la Revolución le había ayudado a dejarse de misticismos y abrazar la sátira.

Soy fuerte, muy fuerte, sí, lleva usted razón, Ajmátova, pensó Maiakovski al entregar el artículo, más fuerte de lo que usted imagina, sí, puedo soportarlo perfectamente, claro que puedo soportarlo, sin problema. El crimen y el castigo. Sin problemas. Y se echó a reír imaginando la cara de la Ajmátova, sus ojos de hielo derritiéndose, al leer en su artículo su condena, al escuchar en su artículo sus plélicas risas.